

del río Maipo, el día 5 de Abril de 1818; *Á la muerte del Excmo. Sr. General D. Manuel Belgrano, acaecida en Buenos Aires en el mes de Junio de 1820; Á la libertad de Lima por las armas de la patria el día 10 de Julio de 1821.* En conjunto ninguna de ellas merece grande alabanza, y no es extraño que hayan muerto con las circunstancias que las inspiraron, pero en todas hay trozos de noble entonación y buen lenguaje, que dan indicio de la sana educación literaria del autor, testificada de vez en cuando por hábiles imitaciones ú oportunas reminiscencias de los poetas antiguos, especialmente de Horacio (1).

(1) Obsérvese, por ejemplo, la fácil y noble elevación de los primeros versos del canto *por la libertad de Lima*, que recuerdan inmediatamente aquellos otros de Horacio (od. iv, carm. ix):

*«Vixere fortes ante Agamemnona
Multi: sed omnes illacrymabiles
Urgentur, ignotique longa
Nocte, carent quia vate sacro.....»*

«Sólo es dado al poeta y á los dioses
Sobrevivir al tiempo. ¿Quién ahora
A Eneas y sus hechos conociera?
¿Quién de Priamo, triste, los atroces
Dolores, y la llama asoladora
De su infeliz ciudad, si no viviera
La Musa de Marón? Y sin Homero,
¿Qué fuera ya de Aquiles?.....»

En la elegía á la muerte del general Belgrano leemos estos otros, que proceden, sin duda, de la oda xxiv del lib. 1:

*«Non vanae redeat sanguis imagini
Quam virga semel horrida
Non lenis precibus fata recludere,
Nigro compulerit Mercurius gregi.
Durum! Sed levius fit patientia
Quidquid corrigere est nefas.»*

«Pero en vano: el camino de la Parca
Nunca más se atraviesa;
Y si una sombra el Aqueronte abarca,
Nada es bastante á rescatar su presa;
Que al reino del espanto
Ni penetra el clamor ni llega el llanto.»

Son de advertir también en algunas de estas composiciones la soltura y la maestría que Juan Cruz Varela llegó á adquirir en el verso suelto; ya por el aprovechado estudio que hizo de los italianos, especialmente de Monti, de quienes aspiró á imitar el suave y ondulante movimiento del período poético, y aquellas que Gutiérrez llama «armonísimas curvas por entre el pensamiento, el colorido y la imagen»; ya por el influjo, persistente siempre en él, de Cienfuegos, á quien en medio de todos sus extravíos de gusto, no puede negarse el mérito de haber vuelto á infundir en el endecasílabo castellano la plenitud y el número que había perdido (1). Juan Cruz repetía hasta las imágenes predilectas de Cienfuegos, los trozos semirománticos en que abunda: «el tiempo, despeñando los siglos hacinados; el límite espantable del imperio de la muerte», pero al verterlas en su estilo, les imprimía cierto sello de facilidad graciosa, que contrasta con la manera violenta y atormentada de su modelo, mayor poeta que él, sin duda, pero menos disciplinado.

La imitación de Cienfuegos cedió el paso á la de

(1) Son enteramente versos de la escuela de Cienfuegos, más todavía que de la de Quintana á pesar de la reminiscencia inicial, estos de Juan Cruz Varela, que como tipo cita su biógrafo:

*«Yo ví de blonda mies la rubia espiga
Moverse al viento en el dorado campo;
Y henchido de esperanzas al colono.
Nublóse el sol, entristeciése el éter
Y el Aquilón bramó; granizo á ríos
Del seno aborta la preñada nube,
Y aborta destrucción; sus diques rompe
El arroyo vecino, y muere á un tiempo
Su mies con su esperanza, y otro día
Inconsolable el infelice padre
Llorará sobre el rostro macilento
De los hijuelos cuando el pan le pidan.....»*

Quintana en las poesías de la última y más característica manera de Juan Cruz Varela: en la serie de odas menos políticas que sociales que empezó á escribir en tiempo de la administración de Rivadavia, de quien fué, más que amigo, colaborador entusiasta. Varela fué el poeta clásico del partido *unitario*: sinónimo en Buenos Aires de una tentativa, quizá prematura y teórica, de cultura europea, que por entonces estuvo á punto de fracasar ante el salvaje impulso de las hordas casi nómadadas, que obedeciendo al movimiento de desorganización traído por la guerra, se desbordaron desde la inmensa llanura sobre la capital, implantando allí los hábitos del caudillaje del desierto. Durante aquel breve intervalo de paz y cándidas esperanzas, en que Rivadavia gobernó como un filántropo del siglo pasado, como un Turgot ó un Campomanes; Juan Cruz Varela, asociado á sus planes, y aun iniciador de algunos de ellos, no sólo defendió su política en *El Mensajero Argentino*, en *El Tiempo*, en *El Centinela* y en *El Porteño*, sino que transportó á sus versos el pensamiento de la reforma de Rivadavia, y se convirtió en una especie de comentador poético de ella. No hubo decreto del Presidente en pro de la general cultura, que no se viese enaltecido con versos suyos, generalmente buenos, á pesar de lo árido y prosaico de algunos de estos temas de literatura administrativa: odas á *la libertad de la prensa*, á *la erección de la Universidad*, al establecimiento de la *sociedad filarmónica*, á una *distribución de premios de la Sociedad de Beneficencia* y, finalmente, á *los trabajos hidráulicos ordenados por el Gobierno*. «Canto lleno de originalidad (dice Gutiérrez), en el cual el talento del autor ha hecho brotar poesía de

entre las severas nociones de la economía política y de las ciencias aplicadas.» Pero la más brillante de estas composiciones es la oda *Á la libertad de imprenta*. Quintana mismo, á quien el autor va siguiendo paso á paso, y á quien ensalza dignamente al principio de su canto (1), no hubiera desdeñado algunos versos de esta composición; la cual peca, no obstante, de discursiva y poco férvida, aun en la expresión del sincero entusiasmo que el autor sentía por el progreso humano (2). El es-

(1) «De Gutenberg nació. Quintana sólo
Supo cantar su nombre;
Quintana, el hijo del querer de Apolo;
Quintana, el inventor del nuevo canto,
A quien sólo se diera
Que de su lira al pasmador encanto,
Digno de Gutenberg su verso fuera.»
.....

(2) Algunos versos darán muestra del estilo de este olvidado canto, que tiene alguna curiosidad, aunque sólo sea por su título y por la terrible comparación que suscita:

«Él inventó la imprenta, y de la muerte
Hizo triunfar con su invención al hombre,
Y ató todos los tiempos al presente.
.....
Así la ilustración, como la llama
Del sol inapagable,
Que enseñorea inmóvil la natura,
De un día en otro sin cesar revive,
De un siglo en otro permanente dura.
.....
Así llegó de la fecunda tierra
Al seno engendrador su mano osada,
Y el metal que se encierra
En las hondas entrañas
De las erguidas ásperas montañas,
Arrebató con sudoroso anhelo
Á la caverna oscura
Do plugo sepultarla á la natura.
El campo alborozado
Vió transformar el no pulido fierro
En surcador arado,
Y una mies abundosa prometía.
Pero pronto sonó, de guerra impía,
La maldecida trompa;
.....
Y la sangre humeante discurriera
Por entre el surco del arado abierto.»

collo inevitable de esta poesía es el de caer en estilo de preámbulo de ley ó de artículo de fondo; y si el gran Quintana no acertó siempre á salvarse de la plaga de los lugares comunes filosóficos y humanitarios, calcúlese lo que habrá acontecido á sus imitadores, aun teniendo algunos de ellos la discreción y buen gusto que nunca abandonan del todo á Juan Cruz Varela.

Y con esto llegamos al más celebrado de sus poemas líricos, al *Triunfo de Ituzaingó*, con que en 1827 ensalzó la memorable batalla en que el ejército aliado de argentinos y uruguayos, al mando de D. Carlos Alvear y del almirante Brown, triunfó de 12.000 soldados brasileños, entre los cuales había una legión de infantería alemana. Este larguísimo canto, imitación evidente del de Olmedo á la batalla de Junín, obtuvo el aplauso de los mejores humanistas de aquel tiempo. Don José Joaquín de Mora, que por entonces redactaba, bajo los auspicios de Rivadavia, la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* (1), decía en su número de 5 de Abril: «El autor de este poema es uno de los pocos americanos que cultivan con éxito el lenguaje de las Musas. Exposición grandiosa, movimientos líricos, giros poéticos, elegancia sostenida, tales son las principales dotes que lucen en el poema.» D. Andrés Bello, crítico más severo y docto que Mora, juzgó la obra en el *Re-*

(1) Mora había llegado al Río de la Plata, en Febrero de 1827, acompañado del erudito italiano Pedro de Angelis, que había sido preceptor de los hijos del rey Joaquín Murat, y que luego prestó tan buen servicio con su colección de documentos relativos á aquella parte de la América del Sur. Mora y Angelis juntos redactaron dos periódicos *El Conciliador* y *La Crónica*, y fundaron también juntos un Colegio. Pero al año siguiente cayó Rivadavia, y Mora pasó á establecerse á Chile, como ya queda referido.

pertorio Americano, de Londres, en términos, no tan generales, pero casi igualmente honoríficos: «Entre la multitud de obras poéticas que se han publicado en América durante los últimos años, se distingue mucho la presente por la armonía de los versos, por alguna más corrección de lenguaje de la que aparece ordinariamente en los escritos americanos, y por la belleza y energía de no pocos pasajes.» Citaba Bello, como de los mejores, estos diez versos de la introducción (que á la verdad hoy nos parecen bastante declamatorios), en que el poeta se transporta á las edades venideras para presenciar en ellas la gloria de su patria y de su héroe.

«Las barreras del tiempo
Rompió al cabo profética la mente;
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y á la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir impenetrable, obscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios á mi anhelo.
Partióse al fin el diamantino muro
Con que de mi existencia dividías
Tus hombres, tus sucesos y tus días.»

El gran defecto del poema es la hinchazón continua, aquella satisfacción infantil y seudopatriótica, aquella hipérbole desaforada y candorosa, como de pueblos recién nacidos, que infestaba entonces los versos y hasta la prosa oficial de los documentos americanos. ¿Quién no se ha de reír, por ejemplo, cuando oye á Juan Cruz Varela afirmar muy en serio que después de la victoria de Ituzaingó no quedará en el mundo memoria de griegos ni de romanos, y que sólo *la República Argentina* se salvará de la ruina de las edades «en las líneas fatidicas del verso y en páginas eternas?»

«No suenan las Termópilas, los llanos
De Maratón no suenan;
Platea y Salamina,
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe.
.....»

Esos nombres ilustres se eclipsaron,
Los de Alvear y Brown los reemplazaron;
Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el Uruguay escritos
Enseñan á los Reyes de la tierra
Que los libres no sufren sus delitos.»

Semejantes extremos no hacen más que amenguar la indisputable grandeza de aquel hecho, que por el número y calidad de las fuerzas que á él concurrieron se eleva bastante sobre el ordinario nivel de las batallas americanas. Fué el último y más glorioso canto de la epopeya argentina, y en él hicieron el más bizarro alarde de su brío aquellos soldados curtidos por la guerra de la Independencia, en Tucumán, en Salta y en Maipo, de quienes en noble tono dice el poeta:

«..... que llevaron
Triunfantes sus banderas
Desde la margen del undoso Plata
Hasta el opimo Chile. Las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campeones;
Parten de allí, cual rayo, á otras regiones;
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron,
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro.....»

El poema es muy desigual, y no podía menos de serlo, dados su extensión y el afán de detallar con minuciosidad de gaceta todas las peripecias de la batalla; pero campea en todo él una franqueza de ejecución que hace agrada-

ble su lectura. Es fácil entresacar trozos en que la locución corre limpia y animada (1); pero otros muchos son pura prosa, ó pecan por exceso de frases hechas y sobrecarga de epítetos vulgares, ó parecen centones de versos de otros poetas (2); y como además en toda la composición hay plaga de sinéresis indebidas é importunas asonancias, no lucen tanto como debieran las bellas descripciones del choque de las tropas argentinas con las brasileñas cuando, caído el intrépido Brandzen, jura Alvear vengar su muerte; ó del incendio horrible y rapidísimo de la árida yerba del seco campo en medio de la batalla, á la cual puso lúgubre y fantástico complemento.

(1) Por ejemplo, la estancia que comienza:

«Alzóse Brown en la barquilla débil;
Pero no débil desde que él se alzara.»
.....»

Ó la invectiva contra los auxiliares alemanes, que no querían descender á batirse en las llanuras.

¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
Y á la ambición y al despotismo fieles,
A playas remotísimas vinieron
En demanda de gloria y de laureles?
.....»

¿Vano esperar! Ni en la enriscada altura
Defendidos se creen: así acosada
Del veloz cazador tímida cierva,
Más y más se enmaraña en la espesura,
Y aun su pavor conserva
Ya del venablo y el lebrél segura.»

(2) Por ejemplo, *las bóvedas espléndidas del cielo*, que es un verso de Quintana; ó aquel otro famoso de Vaca de Guzmán en *Las Naves de Cortés*:

«Pero tienen valor: son españoles.....»

que Juan Cruz se apropia con esta sencilla y patriótica variante:

«Pero tienen valor: son *argentinos*.»

Este valiente ensayo épico-lírico no fué el último laurel de la corona poética de Juan Cruz Varela, por más que envuelto después de 1826 en el torbellino de la discordia política, arrastrado de prisión en prisión, amagado por el puñal de los asesinos, y, finalmente, desterrado en Montevideo y en la isla de Santa Catalina, pudo ya escribir muy pocos versos en aquel período de lucha terrible que se cerró con la temprana muerte del proscrito en 24 de Enero de 1839 (1). Aunque clásico siempre, se mostró benévolo con las primeras tentativas románticas: saludó con júbilo la aparición de los *Consuelos*, de Echevarría, y él mismo no dejó de buscar, si bien tímidamente, nuevos rumbos líricos, aun dentro de lo clásico, cambiando, por ejemplo, la imitación de Quintana por la de Horacio en alguna oda sáfica; y arrojándose en la última y más bella de sus composiciones, en la inspirada y vehemente invectiva contra Rosas, que tituló *El veinticinco de Mayo* de 1838, á remedar el estilo y el metro del primero de los coros del *Adelchi*, de Manzoni.

«Dagli atrii muscosi, dai fori cadenti.....»

Después de este poeta, sin duda el más notable del primer período de la literatura argentina, puede hacerse rápida memoria de su hermano menor D. Florencio Varela, que más que al mérito muy relativo de sus versos, entre los cuales sobresale la oda *Á la Concordia* («¡Ay, protege, Señor, tu hermosa hechura!»), debe su

(1) No existe, que yo sepa, colección impresa de sus poesías. Él las había recogido en sus últimos años, corrigiéndolas mucho, y este manuscrito pasó á poder de su hermano D. Florencio. (Véase el estudio de Gutiérrez.)

celebridad á la prosa política, y sobre todo á su trágica muerte á manos de los sicarios de Rosas (1).

Próximos ya á las fronteras de la época romántica, conviene hacer aquí breve pausa para saludar, lejos de las orillas del Plata, á un clásico escritor, nacido en Buenos Aires, el cual, aunque pertenece á la literatura general de España, y no á la particular de América, y aunque por haber residido desde su infancia entre nosotros, tuvo más de madrileño que de argentino, nunca olvidó el lugar de su cuna, y se preció siempre de *americano-español* (2), simbolizando en su persona el perenne lazo espiritual entre las colonias emancipadas y la

(1) *El día de Mayo, dedicado al pueblo oriental. Por Florencio Varela, ciudadano de Buenos Aires. Montevideo, 1820. Contiene cinco piezas tituladas: El veinticinco de Mayo.—Al Estado oriental del Uruguay.—Á la Concordia.—Al restablecimiento de la Biblioteca pública de Montevideo.—Al bello sexo oriental.*

En la *América Poética*, de Gutiérrez, hay dos composiciones no incluidas en este folleto: *La anarquía.—Á la hermandad de la Caridad de Montevideo.*

(2) En unos versos de álbum decía en 1857:

«La madre España en su seno
Me dió acogida amorosa:
Suyo fui; mas siempre yo
Recordé con noble orgullo
Que allá mi cuna al arrullo
De las auras se meció.
Mientras rencor fratricida
Ardió en uno y otro bando,
Mis lágrimas devorando,
Calló mi musa afigida.
Hoy que á coyunda tirana
Suceden fraternos lazos,
Y España tiende los brazos
A la América su hermana;
Bañado en júbilo santo,
Yo, americano español,
A la clara luz del sol
La unión venturosa canto.
Ven, inspiración divina;
Que ya á mi laúd sonoro
Añado una cuerda de oro
Para la gloria argentina.»

metrópoli. Sería impertinente aquí un trabajo extenso y formal sobre D. Ventura de la Vega (1807-1865), no sólo porque este insigne autor estuvo fuera de la corriente de la literatura argentina, sino porque su biografía ha sido primorosamente trazada, con rasgos familiares y anécdotas juveniles que la dan extraordinario precio, por uno de sus amigos y camaradas de estudios, venerable Director hoy de nuestra Academia (1); y sobre sus obras dramáticas y líricas han recaído ya fallos magistrales y definitivos (2), que por nuestra parte sería temeridad someter á nueva revisión, ni menos contradecir en cosa sustancial. Ventura de la Vega ha pasado ya á la categoría de los clásicos modernos, y aunque puede haber diversos pareceres sobre el mérito relativo de tal ó cual obra suya, y sobre la preferencia que á una ó á otra debe asignarse, el sufragio de la crítica puede decirse unánime en tenerle por el más correcto, atildado y pulcro, por el más académico, en suma, de todos los artistas literarios de la generación á que perteneció.

Su verdadera gloria está en la poesía dramática; pero en la lírica tiene, aunque con menos perfección y amplitud, cualidades muy análogas: el mismo respeto á la forma, el mismo acicalamiento de versificación, la misma tersura y nitidez de estilo con que á veces llega á simu-

(1) Véase en el tomo II de las *Memorias de la Academia Española* (1870), páginas 434-467, el *Elogio fúnebre de Ventura de la Vega*, por el señor Conde de Cheste.

(2) Son los más extensos é importantes el discurso de D. Patricio de la Escosura, en sesión pública inaugural de la Academia Española en 1870, y el *Estudio biográfico-crítico*, escrito por D. Juan Valera en la colección que lleva por título *Autores dramáticos contemporáneos*, reimpresso después separadamente.

lar la efervescencia de la vida poética que nunca es en él muy intensa, y el sentimiento que nunca es muy profundo. Su cultura clásica, superficial sin duda, pero sana, unida á un exquisito buen gusto, que parece haber sido en él casi innato aunque luego se desarrollase con las enseñanzas y los consejos de Lista, le dieron desde muy temprano la perfección negativa, esto es, la ausencia de defectos monstruosos y palpables, tales como los que en torno suyo cometía á diario la escuela romántica. Su estro lírico no era muy vigoroso, y por consiguiente, no le fué difícil encerrarle en un cauce fácil y ameno (semejante al del *Pusa* descrito por él), donde la vista se recrea en la transparencia de las aguas sin buscar misterios en el fondo. Todo es natural, sencillo y culto; todo está bien dicho y bien versificado, sin ningún género de afectación ni de violencia: no se puede dar una poesía de salón más amena ni más ingeniosa: nadie ha hecho los versos de álbum con más primor y buen tono, ni las odas de circunstancias con tanta oportunidad. Se dirá que todo esto es tan efímero como las flores ó los perfumes de un sarao; pero algún mérito ha de tener la dificultad vencida cuando son tan pocos, á lo menos en España, los que han sobresalido en este género de agradable pasatiempo (1).

(1) Antes de pasar adelante, advertiremos que es muy incompleta la colección de *Obras poéticas de D. Ventura de la Vega* (París, 7, Claye, 1866), publicada con elegancia tipográfica que está muy en armonía con el género de producciones que contiene. Sin salir de la sección de poesías líricas, echo de menos las siguientes, prescindiendo de otras muchas de corta extensión, que podrán hallarse registrando periódicos: *Oda á la reina María Cristina*, que comienza: «¡Que calle yo!.... cuando gozoso en torno»—Octavas leídas en el teatro del Príncipe la noche del 13 de Junio de 1834, en solemnidad de la promulgación del Estatuto Real.—*La Revelación* (quintillas), 1835.—